

consumidas por el «mundillo» teatral.

Conozco «Edicto de gracia» y algunas otras obras de Camps. Unas, con voluntad de insertarse en la cultura mexicana, libres de cualquier melancolía de exiliado. Otras, asentadas en temas históricos de carácter «universal». Otras, como la dedicada a la muerte de Federico García Lorca, con la mirada puesta en la vida española.

«Edicto de gracia» pertenece, de hecho, a este último grupo. Sólo que en lugar de anclarse en la realidad contemporánea —otra obra de Camps se titula «El caso Palomares»—, se remonta a un viejo episodio de la Inquisición. Concretamente, al estudio de un inquisidor que no se dejó arrastrar por la histeria del medio ambiente y quiso ejercer su función con criterios objetivos. Personaje que existió en la realidad y tipificó de un modo concreto el conflicto entre la superstición y el espíritu científico.

La obra tal como ha ganado el Lope de Vega es larga. Seguramente porque Camps ha pasado una buena temporada en Alemania, y, al modo de Hochhut o un Peter Weiss, propone textos extensos que luego hay que interpretar y recortar en la puesta en escena. Aparte, claro, de que la duración media de una representación en cualquier ciudad europea es muy superior a la que es habitual en los teatros españoles. También el fondo documental del drama, la voluntad de interpretar unos hechos realmente acaecidos, en lugar de inventarlos, refleja la proyección de la estancia de Camps en Alemania, aunque es justo decir que en Camps existió siempre esa voluntad «documental», madurada luego en su «etapa alemana», y que fue precisamente el estreno de una obra en esa línea, «Viznar, o la muerte de un poeta», lo que le valió su primer viaje a la República Democrática.

¿Cuándo se estrenará en Madrid «Edicto de gracia»? Quizá, en todo

caso, sea mejor poder hacer esa pregunta que haber visto la obra con el verano encima y poca vida por delante. ¿Y qué ocurrirá con la pieza de Jesús Campos, que acaba de ganar el Lope de Vega del 74? ¿Se estrenarán las dos la próxima temporada?

En algún sitio he oído decir que la obra de Camps irá al María Guerrero y que no será Alberto González Vergel quien la monte. ¿Quién lo hará, pues?

Parece que los aires de la «apertura» van a alcanzar, lógicamente, al repertorio y a la organización de los Teatros Nacionales. Sería bueno que todos supiéramos pronto lo que va a ocurrir. Cómo, cuándo, dónde y de la mano de quién nos llegará «Edicto de gracia», el postergado Lope de Vega del 73. ■ JOSE MONLEON.

## DISCOS

### Los restos del aeroplano

Todo comenzó con la marcha de Marty Balin. Sin su cantante solista y fundador, los Jefferson Airplane perdieron su ímpetu creativo, y se han ido escindiendo lentamente en dos grupos totalmente divergentes: Paul Kantner y Grace Slick (junto con David Freiberg en el último año) han desarrollado la vertiente épica del Airplane, mientras que Jorma Kaukonen y Jack Casady retrocedían hacia el blues bajo el nombre de Hot Tuna.

En la actualidad, parece que los Jefferson Airplane sólo existen como grupo en los contratos de RCA, una impresión confirmada por la gira de Kantner-Slick-Freiberg, con una troupe denominada Jefferson Starship. Más evi-



Grace Slick.

dencia: los últimos ofrecimientos del Airplane han sido una grabación en directo (\*), y «Early Flight», una colección de material editado en «sencillos» o rescatado de los armarios de Grunt Records.

Los resultados de esta separación de facto han sido variados. Resulta instructivo comparar los discos más reciente de Hot Tuna y Slick-Kantner-Freiberg. El cuarto, de Hot Tuna, es «The Phosphorescent Rat», y es una vuelta al formato de trío (Kaukonen, Casady y Sammy Piassa); también es un escape de su especialización en formas sincopadas del blues —boogie, ragtime— hacia áreas menos restrictivas, aunque quedan vestigios de la época anterior. Esta nueva actitud se percibe en la aparición de arreglos orquestales en un par de temas y en las partes adicionales de guitarra que Kaukonen añade haciendo uso de las posibilidades del estudio. Hot Tuna ya han borrado el mal sabor de sus mediocres comienzos, pero lo indeciso de su dirección y lo modesto de los resultados sugiere que se están desperdiciando las posibilidades

(\*) 30 Seconds Over Winterland (RCA-Grunt BFL 1-0147). De los LPs mencionados aquí, es el único que ha aparecido en España hasta el momento.

de un guitarrista y un bajista excepcionales.

«Manhole» es el cuarto álbum de la facción progresiva del Airplane, y viene bajo el nombre de Grace Slick. Lo de «progresiva» viene de la introducción de elementos musicales tan foráneos como una banda de gaiteros escoceses y una orquesta de 40 miembros. Slick, Kantner y Freiberg se mueven dentro de la tradición más melódica y rica del rock de California; sus discos son producto del trabajo comunal característico de la comunidad musical de San Francisco.

Lo más notable del «long-play» es «Theme from the movie Manhole», resultado del viaje de Grace y Paul a España, y cantado parcialmente en español. Es una pieza de estructura simple, pero que avanza majestuosamente hacia un clímax que deja al oyente emocionalmente exhausto después de quince minutos dominados por la voz de Grace, nunca más poderosa. La letra desarrolla la historia de las relaciones entre dos personas, y la sitúa en el contexto de una sociedad asfixiante y amenazadora. Lo poco que se entiende de las partes en español refuerza esta sensación ominosa con referencias de la «gente obligada a delatar» y la necesidad de escapar que

se contraponen a las visiones románticas del principio («la música de España es para mí como la libertad»). Impresionante.

En la segunda cara, Slick tiene otra *tour de force* en «Better lying down», un blues erótico con el sólo acompañamiento de un piano. El resto de «Manhole» se acerca más al contenido de anteriores LPs de Grace y Paul. A destacar los juegos de voces en «It's only music» y la guitarra de Craig Cachico, miembro de Steelwind, una buena banda que graba para Grunt. La única decepción es «Epic No. 38», que no llega a formar una pieza coherente.

Slick y Kantner han sido objeto de numerosos ataques desde que el Airplane comenzara a descomponerse, y su actitud defensiva se nota en el tono ligeramente cínico del folleto que acompaña al disco. Pero «Manhole» es la mejor refutación de las acusaciones de esterilidad. ■ DIEGO A. MARIQUE.

## CINE

### 1936 en musical

Se ha querido hacer creer que las películas «frívolas», las «hechas con el único interés de distraer al público», son siempre asépticas políticamente; que los conceptos expuestos en ellas sobre la familia, el amor, el sexo, la religión, el compromiso político, el folklore, la amistad, la bondad y la maldad, no tenían más valor que el de aderezar una complicación dramática, sin que en ningún momento adquirieran significado más complejo. Como si el hecho de remitirse, aun-

que involuntariamente, a una determinada escala de valores ideológica y moral, pudiera ser en algún momento gratuito o inocente. Pero esto es lo que siempre nos han dicho los que precisamente con sus películas se remitan con más fuerza a esos valores y los que con más energía, aunque «sin querer», los defendían o los atacaban.

Viene esto a cuento de la última película de Pedro Lazaga, «Cinco almohadas para una noche», que protagoniza Sara Montiel, y aquí, el nombre de la actriz no es gratuito, porque ella sola recarga la película de valores o significados. Sara Montiel, una de las complejas, exóticas y curiosas personalidades del cine español, es la única estrella de sus películas; cualquier elemento fílmico está al servicio de la mayor honra y gloria de la actriz-cantante. Por otra parte, ella juega al personaje de personalidad exuberante que, a partir de una singularidad en los peinados, en los trajes y más profundamente en su conducta, representa o bien la belleza, o bien la sensualidad, o bien la libertad, siempre en términos generales y absolutos. Sara Montiel ha compuesto su tipo en estos calificativos y pretende en su trabajo arrastrar al espectador en la consideración de que ella es todo esto. Quiere esto decir que, dentro de las claves de sus películas, su propia aparición tiene ya unas connotaciones precisas que tampoco pueden acabar definiéndose como inocentes, por mucho que en sus intenciones si sea éste el deseo. Es decir: las películas de Sara Montiel deberían ser sólo películas de Sara Montiel, al servicio del único lucimiento de «su arte», pero las implicaciones volcadas en su personaje, justamente para darle singularidad y atractivo, transforman el personaje de la actriz en un mito, de alguna manera significativo.

«Cinco almohadas para una noche» es, en este sentido, una pelícu-